VIDA

Y

VIDA ABUNDANTE

POR

JORGE S. INGRAM.

SANTA CRUZ DE MUDELA

IMPRENTA MODERNA

PLAZA DE LA REPUBLICA, 6

1936

VIDA

Y

VIDA ABUNDANTE

POR

JORGE S. INGRAM.

SANTA CRUZ DE MUDELA

IMPRENTA MODERNA

PLAZA DE LA REPUBLICA, 6

1936

VIDA Y VIDA ABUNDANTE

«Entonces Jesús dijo:... Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia». (Juan. 10:7-10).

VIDA Y VIDA ABUNDANTE

Es el objeto de este librito

Con el fin de obtener la mayor claridad posible, lo dividiremos en cuatro partes, cada una de las cuales será tratada en forma de pregunta.

I ¿Hay alguna diferencia entre vida y vida abundante?

Dos sencillas ilustraciones demostrarán, a mi parecer, que hay una inmensa diferencia entre «Vida» y «Vida Abundante». Esto puede aplicarse tanto al aspecto físico como al espiritual.

Supongamos que con nuestra imaginación nos trasladamos a una de las salas de un hospital. En una cama yace un enfermo. El está muy enfermo desde hace varios meses; a me-

dida que nos aproximamos a la cama, no sabemos, ciertamente, si está vivo o muerto. Pero observándole detenidamente, notamos que su pecho se mueve lentamente: respira. Tomamos su pulso y sentimos que la sangre circula por sus venas: está vivo; mas si en el hospital se declarara un incendio, el enfermo no sería capaz de salvarse, y mucho menos de salvar a otros. Pero está vivo: tiene Vida.

También con nuestra imaginación nos trasladaremos a un gran campo de fútbol, donde se celebra un partido internacional. Los jugadores corren y saltan con mucha agilidad. Son fuertes, vigorosos y llenos de salud; están rebosando vida: Tienen Vida Abundante.

Hay una gran diferencia entre el hombre enfermo en el hospital y los entrenados deportistas. El primero tiene Vida, los segundos Vida en Abundancia.

Y ésta es también la diferencia entre «Vida» y «Vida Abundante» desde el punto de vista espiritual.

Algunos cristianos tienen vida, esto es: son verdaderamente convertidos; pero no saben nada de la Vida Abundante que Cristo vino a dar a sus redimidos: «Yo he venido para que

tengan vida y para que la tengan en abundancia».(Juan. 10:10).

La primera cuestión vital para cada uno de nosotros es preguntarnos a nosotros mismos: ¿Tengo vida?, esto es: ¿soy verdaderamente convertido?; ¿he aceptado a Cristo como mi Salvador personal?. No necesitamos adivinar ésto, ya que la misma Palabra de Dios nos dice claramente quien es el que tiene Vida: «El que tiene al Hijo, tiene la Vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la Vida».(la.Juan. 5:12).

Nosotros podemos hacer otras cosas: asistir a los cultos; realizar buenas obras; llevar una vida moralmente recta; podemos aún hacernos miembros de la Iglesia; tomar la Comunión; pero ninguna de estas cosas o cualquier otra, podrá ponerse en lugar del hecho de aceptar a Cristo como nuestro Salvador personal.

Ahora, habiendo descubierto y estando convencido, sin la más mínima duda, que tengo Vida, la inmediata cuestión más importante es preguntarme a mí mismo, ¿Tengo Vida en Abundancia?.

¿Cual es mi respuesta a esta pregunta? ¿Es, acaso, «Quizá sí» o «No estoy seguro» o «No sé»?.

Un termómetro Espiritual

Si tuviéramos un cubo con agua caliente y quisiéramos averiguar su temperatura; ¿podríamos obtenerla con exactitud, haciendo cálculos sobre el número de grados que el agua pudiera tener?; ¿no sería más cómodo y preciso, introducir un termómetro en el cubo y apreciar en un momento el grado exacto de calor?.

Vamos a introducir, si podemos hablar así, un termómetro espiritual en nuestras vidas, que nos pruebe y nos haga ver si poseemos la Vida Abundante o no,

(1) La primera prueba espiritual que yo propondría con el fin de aplicarla a nuestras vidas es: ¿Amo yo la lectura de la Biblia o solamente lo hago por costumbre, sin deseo, considerándolo como una tarea pesada, que anhelo terminar cuanto antes mejor?.

¿Es duro para mí, dedicar un rato cada día al estudio y meditación de la Palabra de Dios?, o deseo ardientemente dedicarme a la oración y lectura de la Biblia, considerando el tiempo que a ello dedico como el más precioso de todo el día? Si ésto no es así temo que sólo tengo Vida, pero no Vida Abundante.

(2) Otra prueba: ¿Considero la oración como una cosa desabrida, sin gusto?, o ¿salta mi corazón de gozo cuando alguien sugiere dedicar un tiempo a la oración?. ¿Es ésta para mí vida espiritual lo que la respiración para mi vida física?, o lo que es lo mismo: ¿Es el orar la respiración de mi espíritu?. Si no es así, temo que solamente tengo Vida, mas no Vida Abundante.

En una vacación de Navidad, yo estaba hospedado en casa de dos hermanos, amigos míos. Proyectábamos celebrar al verano siguiente algunas reuniones para los niños en las costas del sur de Inglaterra. Necesitábamos dos compañías de obreros: una de hombres y otra de mujeres, con el fin de que los primeros trabajaran entre los niños y las segundas entre las niñas. De los niños se harían cargo el mayor de los hermanos: la parte de los hombres estaba completa. Pero nos hacían falta señoras para laborar entre las niñas.

Yo pensé que una de las hermanas de mis amigos, podría hacerlo, y yo la pregunté si estaba conforme. Al decirle a su hermano el mayor lo que había hecho, él trató de hacerme ver que había cometido un error y que su hermana no era la persona llamada para este

trabajo. Entre los inconvenientes que, según él, la impedían llevarlo a cabo, figuraba uno, y éste era, que no dedicaba cada día un rato exclusivamente consagrado al Señor.

Con todo, ella tomó su trabajo, dándose cuenta durante él, de que sólo tenía Vida, pero no Vida en Abundancia. Gracias a Dios que entró durante su permanencia en la obra, dentro de esta profunda experiencia. Dspués de algo más de un año, tuve la oportunidad de hablar con ella pregúntándola cuánto tiempo dedicaba cada día a solas con el Señor y ella me contestó que cada mañana procuraba invertir de una hora a una hora y cuarto. Este era uno de los cambios que la Vida Abundante había echo en ella.

(3) ¿Hallo en mí poco amor hacia las almas de tantos hombres y mujeres que me rodean?. Muchas de ellas están yendo al infierno. ¿Es esto de poca importancia para mí?. Si nosotros no procuramos ganarlas para Cristo, es una prueba segura que no tenemos Vida en Abundancia.

(4) ¿Hallo en mí, que el hablar personalmente a las almas es un gran esfuerzo en vez de un gran gozo?. Si el amor de Dios no llena mi corazón hasta el extremo de no poder

resistir el hablar del Señor cuando El nos ofrece esta oportunidad, temo que no tenemos la Vida en Abundancia.

(5) ¿Hallo que mi corazón está íntimamente ligado a las cosas de este mundo como si ellas constituyeran mi todo y duraran siempre?. ¿Estoy comerciando con Dios, diciendo: «Haré esto para Tí, si Tú me permites hacer esto o lo otro?». Con frecuencia vienen a nuestra mente ciertos pensamientos sobre cosas que no sabemos si son de la voluntad de Dios o no. Muchas veces nos preguntamos ¿el cine es agradable ante los ojos de Dios, sí o no? ¿debo ir, o no?; ¿es pecado si lo hago, o no?. Bueno, cuando pensamientos como éstos vengan a nuestro corazón, y no sepamos qué camino tomar, dejémoslos; no los realicemos y de esta manera no impediremos que el Espíritu Santo siga su obra de progreso en nuestros corazones, ni la influencia que nuestro testimonio pueda ejercer en los demás. Si no lo hacemos así temo que solamente tenemos Vida, pero no Vida Abundante.

(6) ¿Hallo que mi Vida espiritual crece unas veces y disminuye otras?. ¿Venzo en ella unas veces, mientras otras soy terriblemente derrotado?. ¿Me siento en algunas ocasiones cerca

del Señor y en otras lejos de El?. Si nuestra vida espiritual no se desarrolla de victoria en victoria, de fortaleza en fortaleza, creciendo siempre, progresando siempre, es una clara prueba de que aún no hemos entrado en la feliz experiencia de la Vida Abundante.

(7) ¿Hallo trabajoso hablar a otros cristianos de las cosas espirituales?. ¿Puedes imaginar los discípulos de Cristo en Pentecostés diciendo: Estas cosas que han acontecido son tan sagradas que no podemos hablar de ellas?. Yo creo que no hablaron de otra cosa más que de su Señor y de su amor manifestado en el Calvario. Si las cosas de Cristo y su Reino no constituyen el único objeto de nuestras vidas, de las cuales es imposible callar, entonces seguramente tenemos Vida, mas no Vida Abundante.

(8) ¿Tengo poco interés o ninguno en la obra Evangélica en otros pueblos?. ¿Es de poca importancia para mí que existan millones de almas que no han oido hablar nunca de Jesús?. ¿Siento una gran responsabilidad por el mundo perdido?. Si no es así, no tengo todavía la Vida Abundante.

(9) ¿Cómo empleo los domingos?. ¿Dedico este día para escribir cartas y leer novelas?, o ¿siento en mi corazón un vivo deseo de que este día lle-

gue, amándolo más que los demás, día en que estoy más unido al Señor y en el que pienso hacer la vida de otros más feliz, llevándoles el mensaje de Cristo?. Según empleemos este día es una gran prueba de si tenemos o no la Vida Abundante.

He aquí, pues, algunas pruebas espirituales que aplicadas a nuestras vidas nos señalarán claramente si tenemos la Vida en Abundandancia o solamente tenemos Vida.

Los nombres no alteran la bendición

Todos nosotros sabemos que una cosa puede ser expresada de diferentes maneras.

Si preguntáramos a tres personas diferentes que nos dieran la definición del agua, una de ellas podría decir que es vapor condensado; otra, que hielo fundido, y la tercera, si sabe algo de Física, podría definirla diciendo que es una combinación de dos gases: hidrógeno y oxígeno unidos en cierta proporción.

Aquí tenemos tres definiciones del agua; pero aunque hay muchas maneras de describirla, el agua es siempre la misma materia, no alterando su existencia las diferentes formas de decir lo que es.

Las bendiciones de Dios no están atadas a

nombres especiales. La bendición que constituye la Vida Abundante puede ser expresada con diferentes nombres.

David, el siervo de Dios, la llama: La bendición de un corazón limpio. El dice: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renueva un espíritu recto dentro de mí.» (Salmo. 51:10)

El Señor Jesucristo habla de ella como «Vida Abundante», mientras el Apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Tesalónica, se refiere a ella como la bendición de la santificación.

II ¿Es la voluntad de Dios que cada cristiano tenga vida abundante

esto es: La Bendición de la Santificación?

¿Tiene Dios algunos favoritos entre sus hijos?. ¿Quiere El dar este gran don de la santificación solamente a algunos de sus redimidos?. ¿Qué respuesta a estas preguntas hallamos en su Palabra?. Pablo, escribiendo a todos los hermanos de Tesalónica dice: «Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación».(I Tesal:4:3.). Y otra vez, el mismo Apóstol, que conocía la mente de Dios como quizá ningún

otro la ha conocido, ora en favor de estos mismos hermanos tesalonicenses: «Y el Dios de paz os santifique en todo, para que vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado entero, sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es El que os ha llamado, el cual también lo hará.» (I.Tesal:5:23-24).

Yo iría más lejos y diría que no sólo es la voluntad de Dios que nosotros, sus hijos, seamos santificados, sino que de la misma manera que el pecador que rechaza la oferta divina del perdón de sus pecados, peca contra Dios, asimismo el cristiano que rehusa la bendición de la santificación peca contra El.

III ¿Qué envuelve realmente la santificacion?

¿Que es lo que ella significa?

Aunque no entenderemos completamente la grandeza de esta bendición hasta que no estemos en el cielo, hablando generalmente, me parece, podemos decir que la santificación envuelve dos cosas:

(1) Una limpieza del pecado que hay en el corazón.

(2) Ser completamente llenos del Espíritu Santo (de una manera especial).

Esta bendición de la santificación ofrece dos aspectos: positivo y negativo. Un amigo mío me aclaró esto, dibujando un círculo como el del grabado; lo dividió por una raya horizontal, sobre la cual escribió la palabra »santificación», después por medio de otra vertical dividió la primera en dos partes y el círculo en cuatro; en la parte superior de una de las mitades, escribió la palabra «negativo», y en el lado opuesto «positivo»; debajo de «negativo», en la parte inferior, «limpiando», y debajo de «positivo» «llenando».

Algunas cosas tienen que ser quitadas de nuestro corazón antes que Dios lo llene de la plenitud del Espíritu Santo que los apóstoles recibieron en Pentecostés.

Una simple ilustración aclarará esto.

Imaginemos que en un caluroso día de ve-

rano, regresamos a nuestra casa después de un gran paseo o viaje. Al entrar en ella, nos dirigimos al comedor, sedientos; sobre el aparador hay un jarro lleno de agua fresca, al lado de él un vaso; pero al acercarnos para beber, hallamos que este vaso en el cual queremos verter el agua, está sucio: alguien antes que nosotros ha bebido leche y las heces han quedado allí; ¿beberíamos del agua sin antes haber limpiado el vaso?, creo que lo que haríamos sería limpiarlo, enjuagarlo y después beber.

Así obra el Señor: El no puede llenar de la plenitud del Espíritu Santo un corazón sucio.

¿Qué entendemos por limpieza del pecado interior?

Existe un juego, que consiste en que cada jugador lance una pelota con un peso en su interior, lo más cerca posible de otra pequeña colocada a cierta distancia.

En unos pocos metros, la bola lanzada por el jugador, rueda derecha, pero más pronto o más tarde se desvía a un lado o a otro, porque el pequeño peso que en su interior lleva la inclina por lo más mínimo en cualquier direc-

ción; y ésta es exactamente la experiencia de muchos cristianos. Cuando reciben a Jesús en sus corazones están tan emocionados y abstraidos con el gozo y la paz del perdón de sus pecados que no piensan en otra cosa; pero a medida que su vida cristiana va avanzando, hallan que hay algo dentro de ellos que les arrastra hacia los profundos abismos de la maldad; algo que obra como una fuerza que les conduce hacia el pecado y las tentaciones del diablo, algo que les hace amar al pecado en vez de aborrecerlo. Esto continúa hasta que se dan cuenta de que lo existente en ellos es exactamente lo que el apóstol Pablo dijo: »La carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne». (Galatas 5:17). Descubren que existe una gran batalla dentro de sus corazones.

Una cosa es que exista paz dentro de una fortaleza en un campo enemigo, y otra que luchen unos contra otros, sus mismos moradores. Estos no pueden luchar contra el enemigo eficazmente, estando ocupados en combatirse ellos mismos. Y exáctamente igual ocurre en la vida espiritual.

Estos cristianos anhelan servir al Señor completamente, dándole el primer lugar en sus vidas, pero hallan dentro de sus corazones

el «yo» y otras formas del pecado, creciendo en diferentes maneras, arruinando sus vidas cristianas hasta que se dan cuenta de la verdad de las palabras: «Porque lo que hago, no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, este hago». (Rom.7:15 y 19).

Esta contradictoria experiencia cristiana continúa hasta que Dios por su Santo Espíritu les revela la causa de su enfermedad espiritual. Ellos han notado los síntomas: orgullo, amor del mundo, temor del hombre, comodidad, mal genio, desaliento espiritual, y quizá, han pedido al Señor quite de ellos algunas de estas cosas; pero El quiere cortar de raiz la enfermedad. Nuestro Dios, lo digo reverentemente, quiere hacer curas radicales; nosotros, con frecuencia, queremos remiendos. La causa de la enfermedad o sea la inclinación hacia el pecado en la vida del cristiano no santificado, es la naturaleza pecaminosa que heredó de Adán. Un día el Señor le revela la profundidad de esta verdad y descubre que: «Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que mora en mí». (Romanos 7:20). El se da cuenta que no es verdadero deseo pe-

car contra Dios, pero sí el de la naturaleza pecaminosa adánica que de vez en cuando domina su vida como el apóstol Pablo dice:«Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». (Romanos 7:22 -23).

Cuando el cristiano se da cuenta de esta influencia, esto es: que hay una naturaleza pecaminosa dentro de él, la cual el Señor quiere sujetar para que no le desvíe más hacia el pecado, está en el verdadero camino para alcanzar la bendición de la santificación.

Esto es lo que significa «limpiando del pecado interior».

La naturaleza pecaminosa que nosotros heredamos de Adán se manifiesta de las siguientes diferentes maneras:

(1) EL TEMOR DEL HOMBRE

El temor del hombre impide a muchos cristianos hacer una pública y valiente confesión de que pertenecen a Cristo, cuando se encuentran en medio de aquéllos que no Le aman. Temen perder su popularidad; creen que manifes-

tando su fé, no van a quedar en el mejor lugar y, en fin, el temor del qué dirán obra como una mordaza que tapa sus bocas.

Esta forma del «pecado que mora en mí«. (Romanos 7:20), no es nada nuevo, porque aun en los tiempos del Señor, nosotros leemos: «Con todo eso, aun de los príncipes; muchos creyeron en El, mas por causa (temor) de los Fariseos no lo confesaban para no ser echados de la sinagoga; porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios». (Juan.12:42-43).

¿Qué gloria amamos más?.

También el temor del hombre impide a muchos cristianos orar en las reuniones de oración; temen que quizá alguien les censurará si su expresión no es elegante o facil, y así de esta manera pierden una preciosa oportunidad de confesar a su Maestro en público, y de elevar sus corazones al Señor, expresando lo que sienten, aunque el Espíritu Santo les esté instigando a que lo hagan.

El Espíritu Santo «es dado a los que le obedecen» (Hechos 5: 32), pero ellos están constantemente desobedeciéndole en este aspecto y en otros muchos, y el Espíritu Santo se aflige; así de esta manera su vida espiritual se va

debilitando en vez de ir fortaleciéndose.

(2) EL AMOR DEL MUNDO

Muchos cristianos procuran andar tan cerca del mundo como les sea posible. Quieren las dos cosas: el mundo y su Señor. No les agrada que el mundo note que son hijos de Dios, y así ellos procuran identificarse con él. Desean ganar su aprobación y la de Dios. Pero su Palabra claramente condena esta forma de «pecado que mora en mí» porque ella dice: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, no es del Padre, mas es del mundo. Y el mundo se pasa, y su concupiscencia; mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre». (Ia. Juan.2:15-17).

(3) LA AMBICION MUNDANAL

En lugar de ambicionar solamente poseer en grado sumo las bendiciones del Señor, su Reino y su Gloria, amenudo procuramos parecer grandes ante el mundo, y que hablen

bien de nosotros; hacer algo que redunde en beneficio nuestro, procurando que los hombres pongan en nosotros sus ojos y otra vez «El pecado que mora en mí» aparece en nuestras vidas.

(4) EL ORGULLO

¡Cuántas veces Dios se ha dignado utilizarnos para su servicio, y en vez de atribuir al Señor toda la gloria, nos la adjudicamos nosotros mismos!. Quizá el Señor nos ha dado un don especial: una buena voz; el poder de predicar; una cara bonita; una esbelta figura; mente desarrollada; cuerpo saludable, y en vez de utilizar estos dones que el Señor nos ha cedido para su servicio y la extensión de su Reino, los aprovechamos para nuestra propia gloria y vanidad.

(5) LA ENVIDIA

Puede ser que Dios esté utilizando a otros cristianos más que a nosotros, y en lugar de regocijarnos de que las almas sean bendecidas y el Reino de los cielos extendido, tenemos envidia de aquél a quien el Señor está utilizando más eficazmente que a nosotros.

(6) MAL GENIO Y EGOISMO

Es posible que nuestro mal genio y egoísmo aparezcan de vez en cuando en nuestras vidas, manchando nuestro testímonio, porque lo que en realidad somos quita todo valor a lo que decimos.

Debemos darnos cuenta que estas cosas son frutos del «pecado que mora en mí», esto es: de la naturaleza pecaminosa dentro de nosotros. Leemos en Ezequiel 36:25, que Dios quiere borrarlas completamente, porque El dice: «Y esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré». No importa que la enfermedad del pecado esté muy arraigada—como la lepra de Naaman—dentro de nosotros. El puede curarnos hasta lo más profundo. Podemos estar tan convictos de pecado por el Espíritu Santo que se cumplirá en nosotros la verdad de las palabras que Dios por su profeta dijo: «Y os acordaréis de vuestros malos caminos, y de vuestras obras que no fueron buenas; y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades y vuestras abominaciones». (Eze-

quiel 36:31). Aunque nuestra naturaleza pecaminosa sea tan sucia y nuestros corazones tan idólatras, Dios promete limpiarnos completamente. ¡Qué extraordinaria obra quiere El hacer dentro de nosotros!.

¿Es difícil para tí, lector, creer que Dios quiere hacer tan maravillosa obra de gracia en tu corazón?. Simpatizo contigo, porque, durante tres semanas yo también dudaba del poder de Dios para hacer por mí tal cosa como la de limpiar mi corazón de todo pecado. Pero El lo ha hecho.

Algunos cristianos se extrañan del por qué ellos no reciben la plenitud del Espíritu Santo, habiéndolo pedido. La razón de esto está claramente explicada en el versículo 26 del mismo capítulo. Dios tiene siempre un orden para obrar y si nosotros no nos ajustamos a este orden no obtendremos sus bendiciones.

El orden de Dios es: «Y os daré un corazón nuevo», pero hasta que no permitamos que el Señor limpie nuestros corazones de toda suciedad y de todos sus ídolos, no habitará en ellos su más precioso don: el Espíritu Santo en toda su plenitud. O, usando el lenguaje del apóstol Pablo: «Y que dejéis, cuanto a la pasada manera de vivir, el viejo hombre que

está viciado conforme a los deseos de error; y a renovaros en el espíritu de vuestra mente, y vestir el nuevo hombre que es creado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad». (Efesios 4:22-24). Cuando nosotros hemos recibido esta profunda limpieza de corazón, entonces también el resto del versículo es para nosotros una bendita realidad: «Y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros»; y en el momento que ésto haya acontecido hallaremos que nuestra dura incredulidad ha sido echada fuera y que ahora una nueva fe en Dios ha nacido en nuestros corazones. Y, además, probaremos la verdad del siguiente versículo: «Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos y guardéis mis derechos y los pongáis por obra». (Ezequiel 36:27). Después de esto, no será muy pesado servir a Jesucristo, porque no será otro nuestro deseo que vivir para El y extender su Reino hasta los fines de la tierra. Será tan agradable amar y servir a Dios como lo es amar y servir a nuestros padres. ¿Porqué? Porque «el pecado que mora en mí», «el viejo hombre está ahora limpiado».

«Aleluya». Alabado sea su santo nombre.

Quiero decir con claridad que la perfección

de que estoy hablando no es la absoluta, la cual sólo a Dios pertenece. Si nosotros permitimos que Dios limpie nuestro corazón y El lo hace, no por esto dejaremos de estar expuestos a pecar, ni tampoco el diablo dejará de tentarnos, antes bien, lo hará como nunca.

Un pescador no pesca los peces medio muertos que son llevados por la corriente, sino los que contra ella nadan con fuerzas y salud. Y exactamente igual hace el diablo: él ataca más a los redimidos, a los santificados. Desde el momento en que deposites tu confianza en Dios para que El te santifique enteramente, notarás que el diablo repite sus ataques con más frecuencia: serás señalado blanco de sus dardos.

Si es verdad que no existe para el cristiano la perfección absoluta en esta vida, no debemos olvidar que el Señor nos llama a un estado de santidad, porque leemos: «Como aquél que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación: porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo». (I. Pedro 1:15-16), o como se ha dicho «Santidad no es la perfección absoluta que sólo a Dios pertenece, ni es perfección angélica, ni adánica, porque sin duda Adán poseía una

mente y un corazón perfectos, antes que pecara contra Dios. La perfección cristiana es una perfección y obediencia de corazón como la que una pobre criatura caida puede obtener ayudada por el Todopoderoso y la infininita gracia que El puede dar».

«Es esta perfección un estado de corazón y vida que consiste en ser y obra todo el tiempo, (no un poco hoy y otro poco la semana que viene), sino constantemente lo que Dios quiere que seamos y hagamos».

La Vital Cuestión

Y ahora viene la cuestión vital para cada uno de nosotros: ¿Ha limpiado Dios mi corazón de todo pecado?. ¿Hemos experimentado lo que dice en Ezequiel 36:25. «Seréis limpiado de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré».

¿Ha sido realizada en mi vida la oración del apóstol Pablo a los hermanos de Tesalónica: «Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuastro espíritu, alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que

os ha llamado; el cual también lo hará», esto es: os santificará completamente. (1. Tesalonicenses 5:23-24).

¿Porqué no permito al Señor hacerlo ahora?. El lo quiere. ¿Y yo?. Esta es la cuestión. En todos estos años de mi vida cristiana ¿he recibido la mejor bendición del Señor o solamente la segunda, esto es: sólo Vida cuando lo que El quiere darme es la Vida en Abundancia?.

Un padre iba a despedir a su hijo que se marchaba a la escuela; pero llegaron un poco tarde a la estación por lo que el hijo sólo tuvo tiempo de tomar el billete que su padre había comprado para él y montar en el tren. Unas pocas estaciones antes de llegar, el revisor le pidió el billete y él se lo mostró; aquél lo examinó, y mirando al chico le dijo con tono de sorpresa que su billete era de primera y él, no obstante, viajaba en tercera el joven dijo al revisor que él acostumbraba viajar en tercera pero esta vez no había él sacado el billete sino su padre, y puesto que él tenía derecho a viajar en primera, así lo haría; y el chico tomó asiento en un coche de esta clase.

¿En qué clase estás viajando al cielo, querido hermamo?. Dios quiere que lo hagas en primera, gozando la Vida Abundante. ¿Estás

tú contento con solamente la segunda bendición que es la Vida?.

Y ahora venimos a nuestra última cuestión.

IV ¿Como puedo obtener esta limpieza?

Hay dos sencillas condiciones que si las seguimos fielmente en espíritu de humilde oración, nos conducirán desde el desierto de la vida, en que vivimos, hasta el país de Canaán: la tierra que ffuye leche y miel, el país de las victorias de Jericó.

La primera condición es:

(1) ABSOLUTA SUMISION AL SEÑOR

Debemos poner nuestras vidas completamente sobre el altar del sacrificio, como nos dice el apóstol Pablo en Romanos 12:1. «Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios». Esta es una real verdad. Todo lo que tenemos debe ser puesto a la disposición de Dios, para nunca tomarlo otra vez: nuestra posición social, dinero, talentos, fuerza física, nuestro porvenir, nuestra ambición, nuestros seres queridos, todo lo que so-

mos y todo lo que esperamos ser.

En los antiguos días cuando un sacrificio era puesto sobre el altar, pertenecía a Dios completamente; así debemos hacer nosotros. Dios, su gloria, y la extensión de su Reino, deben constituir el único objeto de nuestras vidas,

¿He puesto mi TODO sobre el altar?. El hecho de hacerlo quizá signifique hacer las paces con alguien antes que Dios acepte mi ofrenda.

Conozco a una persona. cuyo absoluto abandono a Dios le costó escribir tres cartas de arrepentimiento a otras tantas personas, con el fin de reparar el daño que antes les había ocasionado. Fué una lucha dura, pero Dios triunfó, «Aleluya». Una de estas personas a la cual una de las cartas iba dirigida no contestó por correo, sino por telégrafo, perdonándole. Menciono esto, porque cuando nosotros pensamos en la sumisión al Señor, el diablo nos la representa como muy dura y difícil. Esta es una de sus grandes mentiras. Nunca olvidemos que Aquél a quien nosotros nos estamos entregando no es un duro maestro, sino un amoroso Padre Celestial. Si nos entregamos hoy al Señor, vendrá un tiempo, en que

estaremos maravillados de no haberlo hecho antes. ¡«Oh, el gozo y la paz de una vida tal»!. Las palabras no pueden expresarlo. Dios en el timón. Dios entendiendo y planeando todos los detalles de nuestra vida. ¡Qué gozo, el de vivir una vida tan sencilla de absoluta dependencia!; una vez probado siempre se deseará. Y lo que es más, ésta es la única vida de la cual Dios puede obtener los más provechosos resultados.

En un pueblo en Alemania, un organista estaba en una iglesia, ejecutando una pieza de música del famoso maestro Mendelsoohn. No era muy experto y cometía algunas faltas. Cuando estaba tocando, entró silenciosamente un forastero en la iglesia, y se sentó en uno de los últimos bancos. Cuando terminó, el forastero se le acercó y le pidió permiso para tocar su instrumento. Aquél le respondió: No puedo permitir que otro que no sea yo lo toque. El forastero le pidió permiso por segunda vez y también le fue denegado. Al solicitarlo por tercera vez, el organista, gruñendo, se lo concedió. El forastero se sentó ante el órgano y empezó a tocar; ¡qué diferencia entre él y el organista!. El órgano bajo la dirección del primero, lanzó al aire las más dulces no-

tas, la música más hermosa. El organista extrañado de la destreza del visitante le preguntó quien era; muy modestamente le contestó: «me llamo Mendelssohn». ¡Cómo! replicó el organista «y yo no le permití tocar en mi órgano».

¿Haremos que El Señor Jesús sea Rey de nuestras vidas ahora?.

¿Podemos decir: «el Señor reina»?.

La segunda condición es fe.

En el capítulo 15 de los Hechos leemos que en una reunión de un concilio que tuvo lugar en Jerusalén; Pedro relata cómo los Gentiles recibieron al Espíritu Santo: Y Dios que conoce los corazones, les dió testimonio dándoles el Espíritu Santo también como a nosotros; Y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificaado con la fe sus corazones. (Hechos 15:8-9).

¿Pero en qué debemos tener fe? ¿en nuestros sentimientos?. No, en la preciosa sangre del Señor Jesús, porque en la de Juan. 1:7, leemos: «La sangre Jesucristo su Hjjo nos limpia de todo pecado».

¿Confiarás en la preciosa sangre de Jesús para limpiarte ahora?. Si es así, eleva esta oración:

Confiando estoy en que me limpies
En fuente carmesí,
Que santo me hagas por la sangre
Que vertiste por mí.

Intima certeza

Ahora, que has confiado en el Señor para que El limpie tu corazón de todo pecado, espera, orando, que Jesús te dará la más íntima certeza de ésto. Tu sabes que El lo ha hecho porque así lo ha prometido en su Palabra. Pero hay una segunda manera de notar este hecho, y es por el testimonio del Espíritu Santo: Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados. Y atestíguanos lo mismo el Espíritu Santo. (Hebreos 10:14-15).

Es durante este tiempo en que se aguarda al testimonio del Espíritu Santo, cuando el diablo nos ataca más fieramente, diciendo que nada ha tenido lugar porque nada sentimos. Combátele no con argumentos sino con «la espada del Espíritu; que es la Palabra de Dios». (Efesios 6:17), y tendrás siempre la victoria. Ora mucho y estudia la Palabra de Dios durante estos días de espera.

Dí a otros lo que el Señor ha hecho contigo y estimúlales a buscar a Dios en la misma manera.

Si sigues estas dos simples condiciones: 1.ª Absoluta sumisión a Dios. 2.ª Fe en la preciosa sangre de Jesucristo; experimentarás esta «Vida Abundante», que Jesús vino a dar a sus redimidos. Que el Señor os ayude a hacerlo.

«Yo he venido para que tengan Vida y para que la tengan en Abundancia».

Imp.ª MODERNA.ª Santa Cruz de Mudela.